

# OALA

---

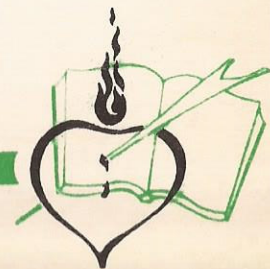
## “CIUDAD Y REINO DE DIOS EN SAN AGUSTIN”

NOE ZEVALLOS, HSC

ORGANIZACION DE AGUSTINOS  
DE LATINOAMERICA

---

SERIE VERDE: No. 3



NOE ZEVALLOS, HSC.

---

INTRODUCCION

CIUDAD  
Y REINO  
DE DIOS  
EN SAN AGUSTIN

IQUITOS — 1985

---

CIUDAD  
Y REINO  
DE DIOS  
EN SAN AGUSTIN

## INTRODUCCION

Hablar o escribir hoy sobre San Agustín es una obra magna; la bibliografía es enorme, sus escritos desaniman a cualquier investigador, y su pensamiento constituye todo un mundo. Sin embargo, trataremos de acercarnos y comprenderlo desde nuestra coyuntura de cristianos del tercer mundo.

En este sentido, hay algo de común entre Agustín y los hombres del siglo XX. El vivió, como nosotros, la experiencia de un mundo envejecido; y tuvo también, como nosotros, la esperanza de un nuevo amanecer. En el sermón 81.8 decía a sus oyentes: ***“Os sorprendéis de que el mundo esté perdiendo comprensión y de que el mundo haya envejecido? Pensad que un hombre nace, crece, envejece. La vejez tiene muchas enfermedades: toses, temblores, falta de vista, se está ansioso y terriblemente cansado. Un hombre envejece y se llena de males. El mundo está viejo y lleno de tribulaciones apremiantes. No os agarréis al anciano, al mundo; no os neguéis a recobrar vuestra juventud, es Cristo quien os dice: El mundo pasa y está perdiendo su sentido, y le falta aliento. No temáis, vuestra juventud será renovada como el águila”.***

Este mundo envejecido debe pasar sin pena ni gloria porque esperamos otro en donde no haya ni dolores, ni tribulaciones, ni sinsabores. La decadencia romana, el imperio corrompido, los bárbaros dentro de las fronteras, los emperado-

res cristianos que favorecen a la Iglesia pero que sucumben a la ambición y las pasiones, todo esto lo veía Agustín en sus últimos años como declinación de la cultura y del mundo que habían sido suyos. La sociedad hacía agua por todas partes, los paganos se batían en retirada ante la prepotencia de los cristianos, pero éstos no parecían tener el temple de los mártires. Entonces llegó el 24 de agosto de 410. Alarico entró en Roma. Pelagio, que presenció el desastre, escribió a una dama romana: **"Sucedió muy recientemente y lo oíste tú misma: Roma, la amada del mundo, tembló y quedó aplanada por el temor ante el sonido de estrepitosas trompetas y los aullidos de los godos. ¿Dónde estaba entonces la nobleza? ¿Dónde los rangos distintos y hartos de dignidad? Todos estaban mezclados y sacudidos por el temor; cada familia tuvo su dolor y un terror que lo invadía todo nos atenazó. Esclavo y noble eran todo uno. El mismo espectro de la muerte nos asedió a todos"** (P.L.XXX 45.d.)

El acontecimiento fue traumático. **"Si Roma puede perecer ¿qué puede estar seguro?"**, escribía San Jerónimo. (Ep. 123.16. Col. B.A.C. 220). Y poco después volvía sobre lo mismo. **"En qué mundo ha nacido Pacátula. Rodeada de desastres mientras juega. Aprenderá a llorar antes de reír"** (Ep. 128.5). Apenas podemos hacernos una idea de lo que significó la caída de Roma. Ni la destrucción de Nueva York con su estatua de la libertad, el edificio de las Naciones Unidas, la Bolsa, la Catedral de San Patricio, el Lincoln Center, el Museo de Arte Moderno, etc. nos darían una idea de lo que significó la caída de Roma. Es verdad que Roma había dejado de ser la capital del Imperio pero seguía siendo una ciudad importante y sobre todo era el símbolo de la civilización romana. Su caída fue entendida como una catástrofe.

### REACCION DE LOS PAGANOS

Ex quo sunt christiani in omnibus defecit mundus. Desde que aparecieron los cristianos todo anda mal en este mundo. ¿Por qué una opinión tan negativa acerca de los cristianos? ¿Acaso no habían introducido en el mundo corrompido del Imperio Romano un soplo de pureza y de amor? Esto es lo que nosotros pensamos y tenemos razones para hacerlo pero los

paganos de la época no nos juzgaban así. Los paganos herederos de la cultura antigua consideran a los cristianos como zafios, incultos y sobre todo impíos. Los cristianos habían atentado contra la piedad. La piedad era para los romanos un estilo de vida respetuoso de los dioses y de los hombres, el romano piadoso era fiel a las antiguas tradiciones y por la piedad podía acceder a una verdadera experiencia religiosa. Eneas era el prototipo de la piedad romana, porque cariñoso con su padre anciano lo cargó sobre sus hombros para salvarlo de la destrucción de Troya. Estos cristianos ignorantes que despreciaban a los dioses, que se burlaban de lo que constituía el núcleo principal de la cultura romana no podían tener ni respeto ni cariño para con los hombres, eran capaces de todas las atrocidades, eran impíos. Este tema apareció muy pronto y se lee ya en el apologista Minucio Félix: **"de entre todos los pueblos sólo los cristianos han tenido la audacia y la impiedad de atacar la Religión antigua"**. (8. 1-15)

El triunfo político del año 313 había dado paso a una legislación antipagana. Los testimonios de Eunapio por parte de los paganos y Jerónimo de los cristianos son elocuentes. Agustín nos proporciona una fecha: el 19 de marzo de 399 los cónsules Jovo y Gaudencio ordenaron la destrucción de los templos de Cartago. El 15 de noviembre de 407 el Emperador Honorio retira la subvención a los banquetes sagrados y hace quitar las estatuas de los templos, el 14 de noviembre de 408 excluye del palacio a los paganos. La reacción pagana se hace sentir. La obra del emperador Juliano debe verse como la última reacción en lo político; en lo ideológico la lucha continuará durante algún tiempo. Uno de los amigos y asesores de Juliano, Salustio, escribió un resumen de lo que podríamos llamar la teología romana. Es una especie de catecismo. Se escriben con claridad y brevedad las ideas para que las gentes puedan aprenderlas con facilidad. En este opúsculo se habla de los ateos y se dice que los dioses permiten su existencia porque los inmortales no sufren ningún daño con las negaciones de los mortales; más bien el hombre que niega a los dioses tiene ya su castigo porque, no podrá gozar después eternamente con ellos. El libro comienza así: **"Los que desean oír hablar de los dioses han de ser bien guiados desde su infancia, y no habituados a insensatas creencias. También deben ser de disposición buena y sensata, para que atiendan debi-**

**damente a la enseñanza".** En lo que respecta a los cristianos no los ataca directamente sino que sostiene **"el hecho de que en ciertas partes de la tierra han ocurrido y hayan de ocurrir con frecuencia negaciones de Dios, no tiene por qué perturbar la mente de los sabios: tanto porque estas cosas no afectan a los dioses, así como vimos que el culto no los beneficia, como porque el alma siendo de la esencia media, no siempre puede tener razón"**. Los sabios adorarán, pues, a los dioses, sólo los ignorantes los pueden negar.

El paganismo significaba cultura, era una sabiduría, una forma de vida delicada, poseía una vieja moral a la que hombres y mujeres de extraordinaria vida espiritual se habían ajustado. Esta vida era cultivada y alimentada, con refinamiento en los cenáculos de los paganos distinguidos.

El cultivarse, cultura animi, decía Cicerón, era dado sólo a las naturalezas capaces de salir del fárrago de las ocupaciones ordinarias. Se necesitaba de un cierto **"ocio"**, entendido como despreocupación de las cosas, para poder ascender a tales cimas. Los cristianos eran vulgares y si bien algunos, como Agustín, se habían cultivado y experimentado tiempos de vida **"ociosa"**, sin embargo la habían dejado por reclamos apremiantes. Otros como Jerónimo, temían que el Señor en el día del juicio les increpara el haber sido *'ciceronianos'* y no cristianos. La vida contemplativa, este ocio admirativo que reclamaban los paganos, no era la contemplación que deriva del Evangelio. Era una esquisitez proporcionada por la cultura y las condiciones económicas en las que se desarrollaba su vida.

Los paganos cultos oponían a Agustín estas sabias objeciones, mientras el pueblo estaba convencido de que los dioses habían abandonado Roma por la impiedad de los cristianos.

### REACCIONES DE LOS CRISTIANOS

Los cristianos creían también en la eternidad de Roma. Roma era eterna no porque los dioses la hubieran escogido por morada, sino porque en ella estaban los sepulcros de los

apóstoles Pedro y Pablo. Roma cristiana había reemplazado a la Roma pagana. El triunfo de la iglesia sobre la gentilidad había desarrollado en ellos sentimientos de jactancia y triunfalismo. **"Las orgullosas inscripciones que proclamaban la alianza firme de las ciudades antiguas y sus dioses protectores se usaron en la pavimentación de los caminos públicos"** nos informa Peter Brown en su hermosa obra (Agustín de Hipona. Madrid, 1969 p. 380).

Basta leer el último libro de la historia eclesiástica de Eusebio de Cesarea para darse cuenta de esto. Tomamos sólo unos textos porque todo el capítulo trata de mostrar que el triunfo de los cristianos es obra providencial. **"De esta manera toda tiranía fue borrada y sólo a Constantino y a sus hijos pertenece el Imperio. Ellos hicieron desaparecer el odio del mundo contra Dios demostrando con sus obras su piedad y reconocimiento hacia la divinidad que les había dado tantos bienes"** (Historia Eclesiástica. L.X. cap. 9 párr. 9), más claramente expresa este sentimiento el opúsculo sobre los Mártires de Palestina. **"Aquello que no aconteció jamás en tiempos anteriores del Imperio Romano acaeció en nuestra época contra toda predicción"**. El imperio fue dividido de hecho en dos a causa de las persecuciones contra nosotros y para que: **"los príncipes que desde mucho tiempo atrás nos hacían la guerra cambiaron los sentimientos de manera verdaderamente milagrosa y cantaron la pahnodia"**. (Mártires de Palestina, Cap.XIII. No.13 y 14)

La caída de Roma fue para los cristianos una prueba muy dura, les mostró que su arrogancia no tenía fundamento, se sintieron de pronto impopulares y sin raíces. Frente a este estado de cosas era necesario intentar una doble respuesta. A los paganos debía hablárseles desde su propia cultura y demostrarles que los dioses eran vanos. A los cristianos, campesinos de una tierra de olivares, Agustín debía recordarles que su tiempo era un tiempo de *pressurae mundi*, las aceitunas deben ser prensadas para poder proporcionar buen aceite (Enarr. Psal. 136.9). Todos tenemos que sufrir si queremos entrar en el cielo. **"Y tú, hijo malogrado del Señor: tú quieres ser recibido en la casa, pero no golpeado"** Sermón 296.10. La cruz es el camino del cristiano, éstos debían de comprender que eran el resto escogido por Dios para salvar el mundo. (Ser.81.7).

## TEOLOGIA DE LOS INTELLECTUALES PAGANOS

Cuando Agustín se decide a escribir esa ardua y pesada obra "*magnum opus et arduum*", no lo hace respondiendo a un interlocutor en general: "*los paganos*". Sus interlocutores son personas vivientes, refugiados romanos que han llegado al Africa huyendo de las invasiones, son personas conocidas con las cuales ha sostenido conversaciones sobre los puntos de vista de la intelectualidad romana.

Volusiano y Nectario de Calama, funcionarios paganos de un estado cristiano, no pueden permitirse críticas abiertas, viven en un mundo post-pagano. Algunos de sus familiares son cristianos, por lo tanto deben ser prudentes, sin embargo en sus tertulias comentan y preguntan. Decididamente el cristianismo no era necesario para un hombre de bien. Los dogmas cristianos o son irracionales o se encuentran ya en la tradición pagana. Creer en la encarnación sería para ellos lo que para un hombre culto de nuestros días creer en fantasmas. En este sentido debe entenderse la respuesta de los atenienses a Pablo "*te escucharemos después*" (Hechos, 17.32).

Ellos esperaban también una "*ciudad celestial*" y confiaban en el amor de un Dios providente, pero sus explicaciones eran racionales, no suponían dogmas absurdos.

Nos detendremos un momento en estos puntos. En las Saturnalia de Macrobio, libro muy leído en la época, intervienen en el diálogo personajes que tienen que ver con la escena política africana. Están Simaco, hombre prominente y mecenas de Agustín; Albino, padre de Volusiano y casado con mujer cristiana cuya casa frecuenta Agustín, y Protectato gran erudito religioso. La piedad romana será conservada eternamente. No importa que los emperadores cristianos renuncien al título de Pontífices, Virgilio los reemplazará, él conducirá a los lectores a través de una experiencia profunda a entender el verdadero sentido de la religión tradicional. Macrobio escribió también un comentario al Sueño de Escipión de Cicerón. En él se decía que a los hombres cultos y piadosos les está prometida la inmortalidad. Para alcanzarla es necesario un estudio serio de las ciencias por un lado y por otro la sobriedad de vida. "*Nada mejor que la astronomía para llegar al conocimien-*

*to de la verdadera Teología*" escribía en este sentido Claudio Tolomeo (Comp. Mat.I.A.a) recordando a Platón. En Estobeo leemos esta hermosa recomendación: "*Se piadoso, hijo mío. La piedad es la cima de la Filosofía, y del mismo modo sin la Filosofía no es posible alcanzar la cumbre de la piedad*".

La inmortalidad se ofrece a quienes comprenden que el mundo de los seres compuestos por los cuatro elementos sujetos a la generación y la corrupción, que este mundo sub-lunar no es el verdadero, que existe otro, el de la simplicidad, el incorruptible, eterno, divino.

En efecto en el hombre existe una chispa de este fuego divino, "*stillam stellaris essentiae*". ¿Cómo llegó a encerrarse el alma en un cuerpo mortal, materia vil y despreciable? Macrobio decía: Por donde la Vía Láctea corta el zodíaco se abren dos puertas, una de bajada y la otra de subida, la puerta de los dioses en junio (trópico de cáncer) y la puerta de los hombres en diciembre (trópico de capricornio). Por la primera descienden vertiginosamente las almas, por la segunda retornan triunfantes al éter.

Cuando el alma que goza de la alegría perpetua ve el mundo corruptible se deja envolver en un torbellino irresistible, pierde sus alas y es arrastrada a las profundidades de la materia para encarnarse en un cuerpo que será su cárcel y su tumba. Entre Cáncer y Leo bebe la copa de Baco, que es la copa del olvido de la borrachera sensible, deja su forma divina, la esfera, se alarga volviéndose semejante a un cono y así viaja a lo largo del zodíaco hasta los planetas inferiores. En cada uno de los planetas toma un indumento que le servirá luego, así, por ejemplo, en Saturno se reviste de la inteligencia discursiva, en Júpiter la voluntad pronta, en Marte la disposición para el combate, en el Sol la imaginación, en Venus el impulso del deseo, en Mercurio la palabra adecuada y en la Luna el principio que le permitirá unirse a un cuerpo de carne. Condenada a padecer en una esclavitud perpetua, pasará de un cuerpo a otro hasta que elevándose poco a poco a la condición de poeta, de artista, de filósofo llegue a librarse de la cadena de nacimiento. Luego, arrastrada por tormentas, purificada por el fuego celestial, comienza el camino de regreso en una odisea espiritual. En

la luna abandona su cuerpo preneumático (el carnal lo dejó en la tierra) y en cada una de las esferas planetarias irá dejando aquello que recibió en préstamo, para penetrar por la puerta de Capricornio **"blanca, esférica, desnuda en el coro musical de las estrellas"** (Macrobio S. de Sap. I, 12 y sig.).

Esta doctrina estaba basada en la ciencia, aceptar la inmortalidad del alma era un obsequium rationale, había motivos muy fuertes y serios para creer en esta doctrina. ¿Cómo podría con estos supuestos un pagano ilustrado consentir en dogma cristiano de la resurrección de entre los muertos? ¿El cuerpo material debía resucitar y tener parte en la gloria, era esto razonable? Si Agustín quería ser escuchado por los paganos cultos debía tener en cuenta su cultura, debía tender el puente entre la Sabiduría Cristiana y la Cultura Pagana.

### AGUSTIN ESCRIBE DESDE LA PAIDEIA CRISTIANA

Un muchacho llamado Dioscuro, pronto a partir en busca de mejores rumbos, le escribe pidiéndole le resuelva algunas preguntas sobre retórica. Agustín le contesta molesto haciendo referencia a su poco tiempo y múltiples ocupaciones. ¿No se daba cuenta el joven del trabajo de un obispo? ¿Es tan importante perder el tiempo en resolver dudas acerca de los autores? Sin embargo se anima a escribir, ayudarle en sus problemas; tal vez se acordó de sus ambiciones juveniles y de sus mismas perplejidades. Al año siguiente esta cultura clásica menospreciada y rebajada displicentemente en la carta a Dioscuro es usada con elegancia y pasión en los primeros libros de la Ciudad de Dios. Es verdad que Agustín toma distancia de su pasado retórico, éste ya no es suyo. Habla de **"vuestro Tulio"**—recordemos los temores de Jerónimo—, los poetas y escritores ya no son suyos, es como si un graduado de una célebre universidad dejara todo y se fuera a vivir en una población marginal y juzgara su pasado intelectual como un gran error. Para comprender esto debemos recordar cómo la primera lectura que Agustín hizo de la Biblia fue decepcionante, no encontró sino un texto bárbaro sin la elegancia de Cicerón. (Conf.L.III. cap.V.9). Ahora Agustín aceptaba la Biblia, ella le había proporcionado otros puntos de vista, escribía desde otra

Paideia, desde otra cultura. Podía pensar con San Pablo que la ignorancia de la cruz confundía la sabiduría pagana (I Cor.2).

En medio de esta sociedad pagana con su brillante cultura, Agustín se encuentra como un peregrino. El término tiene fuertes resonancias bíblicas. Abel, Abraham, Moisés, Elías peregrinaron en este mundo. La palabra tiene también influencias clásicas. Si lográramos **"alcanzar los matices del término tal como es usado por Agustín, podemos recobrar la interpretación de uno de los términos esenciales de su pensamiento religioso cuando era anciano"** nos dice Brown (op cit.pág.426).

Unamuno escribió **"me duele España"**, ese dolor de la patria es la nostalgia, el querer regresar y no poder hacerlo, el tener que caminar cuarenta años por el desierto sabiendo que la patria se encuentra cerca. Si aplica el término a la estadía en el mundo, el peregrino sería un cautivo que suspira por su liberación. En el éxodo o en el cautiverio se encontrará con personas, paisajes, con muchas cosas bellas y buenas, el mundo es **"un lugar sonriente"** (sermón 158.7). El peregrino las aprecia, las agradece, pero no puede quedar satisfecho, la patria es el destino, hacia ella se encamina. Para Agustín la cultura clásica es hermosa, pero existe otra mejor. Por eso la ciudad es peregrina porque usa de los bienes sin aficionarse a ellos (C.D.XIX.13) **"Esas cosas son vuestras, oh Dios. Son buenas porque Tu las creaste. No hay nada de nuestro mal en ellas. El mal es nuestro si las amamos a Tus expensas; las cosas que reflejan Tu providencia"**. (C.D.XV.22).

Sería bello que los poetas, filósofos y sabios que lo ayudaron a ser lo que es, estuvieran en el cielo; que Platón, Plotino, Cicerón, Varrón, lo mismo que Catón, Régulo y Escipión y tantos otros que gozaron de la gloria terrena, gozaran ahora de la eterna, pero ese es un juicio que pertenece sólo a Dios. (Ep.164.2). **"Sería temerario establecer quiénes eran (los que Cristo sacó de los infiernos). Si fuéramos a decir que todos los que estaban en el infierno fueron liberados, entonces, ¿quién no se complacería si pudéramos probarlo?. Ellos estarían particularmente contentos a causa de aquellos hombres a quienes conocemos íntimamente por**

*mis leyes y sal de mi país*". (Libro de las semejanzas No. 4). Esta doble fidelidad es un problema para el cristiano de todos los tiempos, deberá vivir bajo las leyes de la patria terrena, pero deberá ser fiel a su Ciudad. Más adelante prosigue el Pastor: **"vas a negar totalmente tu ley por causa de tus campos y demás propiedades y vivirás conforme a la Ley de esta Ciudad? Si esto hicieras no serás recibido en tu Ciudad". "Por haber renegado de la ley de tu Ciudad quedarás excluido de ella"**.

Orígenes, contestando a Celso, llega a decir que los cristianos tenemos **"Allo systema"** otro sistema de patria, **"no aceptamos a los ambiciosos y forzamos en cambio a los que por exceso de modestia no quieren cargar con la general solicitud de las Iglesias de Dios"**(L. VIII. 75), los cristianos van a la guerra, luchan por el imperio, podrían ocupar puestos públicos, pero tenemos **"otro sistema"**. Orígenes desaprobaría ciertas formas actuales de pacifismo. Hubiera sido muy cómodo para los cristianos de su época no mancharse las manos en la violencia guerrera cuando los paganos defendían las fronteras con la entrega de su vida.

El argumento de Orígenes se basa en el servicio desinteresado que hacen los cristianos en todos los ámbitos de la vida civil. Lo que unifica a todos estos textos que hemos presentado y a otros más que hubiéramos podido citar es, sin duda, el carácter peregrinante que tratan de destacar como específico del cristiano. El cristiano está en este mundo pero no es de este mundo. Su verdadera Patria está más allá. Esta manera de ver el mundo puede llevarlos a despreciar las realidades terrenas descalificándolas y aún considerándolas perversas; sin embargo, también señalan los textos la valoración que hacen o deben hacer los cristianos del valor sacramental de las realidades terrenas o como diría posteriormente San Buenaventura considerarlas **"Itinerario de la Mente a Dios"**. Un texto de San Agustín nos explica cómo resolver esta aparente contradicción: **"Suponed, hermanos, que un hombre haga un anillo para su prometida, y que ésta ame el anillo más apasionadamente que a su prometido . . . La promesa le es dada por el prometido de modo que, en su promesa, pueda él mismo ser amado. Así hermanos, Dios os ha dado todas**

**estas cosas. Amadle, porque fue El quien las hizo"**. (In. Epist. John. 2.11)

**Antecedentes en la tradición clásica.** El concepto de una ciudad regida por normas diferentes y peregrina en medio de las naciones no se da directamente en la tradición clásica; con todo, el sistema de Plotino es la agudización del deseo de liberación del alma encadenada, y en este sentido podría servir de antecedente. La frecuentación que hizo Agustín de los autores clásicos, nos permite rastrear cómo el concepto de esta agrupación de hombres unidos por vínculos espirituales se fue precisando con la ayuda de filósofos y escritores. Presentemos sólo algunos textos para comprender el sentido tan vasto que en San Agustín tiene el término ciudad.

Aristóteles escribía al inicio de la Política (1252a): **"toda ciudad o estado es, como podemos ver, una especie de comunidad, y toda comunidad se ha formado teniendo como fin un determinado bien"**. San Agustín tendrá presente esta definición cuando trate de precisar lo que es un pueblo.

Séneca, otro autor conocido de Agustín, se refiere en dos ocasiones a la ciudad como comunidad; el ingreso a la vida es como el ingreso a una ciudad en donde se dan todos los bienes, pero **"allí también habrá mil pestilencias de los cuerpos y de las almas, guerras, latrocinios y venenos y naufragios"**. Existe pues un mundo maravilloso y espléndido, pero ahí mismo convivimos con la miseria y el crimen, por eso debemos vivir como conviene (Consol. Ad. Marcia XVIII).

La ciudad como el universo todo es una idea que se encuentra ya en los socráticos menores, vuelve a aparecer en Séneca. **"Por eso es que nosotros con esa gallardía grande no nos hemos encerrado en las murallas de una ciudad, sino que hemos abierto coloquio con todo el mundo y hemos profesado por patria todo el universo para poder dar con esto más ancho campo a la virtud"**. (De Tranq. IV). En una ciudad lo importante no serán las murallas, como dice San Agustín, sino los ciudadanos. **"Civitas in civibus est non in parietibus"** (De Urbis Excidio. 6). Más cercanos a Agustín, Ambrosio en sus sermones y el donatista Ticonio en su comentario al Apocalipsis empleaban el término Civitas Dei opuesta



al Reino del pecado, en Ambrosio, o al Reino del diablo, en Ticonio. No era nuestro intento buscar los antecedentes para demostrar la dependencia real o probable de Agustín con sus fuentes sino mostrar, aunque someramente, la enorme riqueza que encerraba el concepto.

La ciudad de Dios está formada por los ciudadanos que han roto las murallas de la ciudad terrena y unidos por la fuerza espiritual del amor peregrinan de retorno a la Patria verdadera. En esta acción grandiosa se constituye la historia. Para demostrar esta larga marcha de la humanidad hacia el Reino escribió Agustín la Ciudad de Dios. La caída de Roma no fue un cataclismo, como pensaban todos, fue sólo un acontecimiento, un acaecer cuyo sentido se descubre al abrir la visión hacia el pasado y cuando se proyecta la mirada hacia el futuro.

**Estructura de la Ciudad de Dios.** A muchos lectores de la obra su lectura les da la impresión de un increíble desorden. Pareciera no existir una visión de conjunto. Todo, historia, teología, leyenda, observaciones empíricas, se encuentran mezcladas ahí. Sin embargo la obra tiene un plan que fue desarrollado a lo largo de 14 años. Sabemos que su publicación se hizo por entregas. Adelanta el plan en el libro primero pero en el X lo expone claramente: ***“De estos diez libros, los cinco primeros los escribí contra aquellos que juzgan que a los dioses se les debe culto por los bienes de esta vida, y los cinco últimos contra los que piensan que se les debe por la vida que seguirá a la muerte. En adelante, como prometí en el libro primero, diré con la ayuda de Dios, lo que crea conveniente decir sobre el origen, sobre el desarrollo y sobre los fines de las dos ciudades, que como he dicho también, andan en este siglo entreveradas y mezcladas la una con la otra”*** (C.D.X. 32.4).

Este doble esquema nos confunde pero si consideramos la primera parte como una apologética, o mejor una diatriba contra el culto pagano, y la segunda como una reflexión sobre la historia, las cosas se aclaran. Agustín es el primero que hace de la historia, en el sentido moderno, un lugar teológico.

La ciudad de Dios, lo mismo que su contraria, son realidades no son metáforas: ***“Debemos conocer a Babilonia, en***

***la que nos hallamos cautivos, y a Jerusalén, por cuya vuelta a ella suspiramos. También esta dos ciudades, atendiendo al sentido propio, son dos ciudades reales”*** (In. Ps. 64.2). Si son ciudades reales debemos encontrar aquello que les determina y especifica. Jerusalén es nuestra patria, Babilonia es el lugar de nuestro cautiverio, ¿pero qué es lo que hace que aspiremos a retornar a la patria? ¿Por qué unos se sienten cautivos y otros no?.

## ORIGEN DE LAS DOS CIUDADES

En un pequeño texto dedicado a sus catequistas Agustín había esbozado años antes su tesis de las dos ciudades: ***“Porque dos ciudades – la de los malvados y la de los santos – son conducidas juntas desde el principio del género humano hasta el fin de los siglos. Ahora mezcladas por los cuerpos aunque separadas por las voluntades hasta el día del juicio, en que han de ser separadas en los cuerpos”*** (De. Cath. Rud. 31).

Su pensamiento se redondeará diez años después en la Ciudad de Dios: ***“Ya hemos apuntado en los libros anteriores que Dios para unificar el género humano, no sólo por la semejanza de la naturaleza, sino también por lazos de consanguinidad; para ligarlos, dejó con el vínculo de la paz en unidad concorde, quiso que todos los hombres procediesen de uno solo. Además, fue también voluntad suya que el género humano no estuviera sujeto a la muerte individual si los dos primeros hombres, de los cuales uno fue creado de la nada y otro del primero, no se hubieran hecho acreedores de ella por la desobediencia. El pecado en que ellos consintieron fue tan enorme, que, en virtud de él, la naturaleza humana empeoró y se trasmite a los descendientes el pecado mismo y la necesidad de la muerte. El imperio de la muerte se enseñoreó tanto de los hombres, que diera con todos en la muerte segunda – como pena debida – si una gracia indebida de Dios no librará algunos de ellos de la misma.”***

***De aquí que, siendo tantos y tan grandes los pueblos diseminados por todo el orbe de la tierra, tan diversos en ritos y en costumbres y tan variados en lengua, en armas y***

*en vestido, no formen más que dos géneros de sociedad humana, que podemos llamar, conformándonos con nuestras Escrituras, dos ciudades. Una es la de los hombres que viven según la carne, y otra la de los que quieren vivir según el espíritu, cada una en su paz propia. Y la paz de cada una de ellas consiste en ver colmados sus anhelos”* (C.D.L. XIV. 1).

Vivir según la carne o según el espíritu son dos maneras de realizar la existencia humana, son en cierto sentido dos vocaciones, dos maneras de ser hombre. Estas vocaciones que son respuestas a un amor ya sea el amor previviente de Dios, ya sea el amor propio, engendran dos modos diversos de construir la convivencia entre los hombres.

El pensamiento de Agustín adquiere la categoría de aforismo en el siguiente texto: *“Dos amores hicieron dos ciudades: a la ciudad terrena la hizo el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios; a la celestial, el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo”* (C.D. XIV. 26). Estas voluntades que separan las almas o estos amores que constituyen las dos ciudades tienen una dimensión social muy clara: *“estos dos amores, de los cuales uno es santo, y mancillado el otro; social el uno y egoísta el otro; el uno mira por el bien común por causa de la sociedad celeste, el otro somete hasta los bienes públicos a su poder privado por ansia de la dominación usurpadora; el uno súbdito, émulo de Dios el otro; tranquilo el uno, turbulento el otro; el uno pacífico, el otro sedicioso; ...el uno pretende para el prójimo lo mismo que para sí, el otro pretende sujetar al prójimo a su voluntad; el uno gobierna para la utilidad del prójimo, el otro para la suya propia”* (De Gen. ad Lit. XI. 15–20). Esta dimensión social del amor no debe ser olvidada. Las ciudades se separan porque provienen de un amor diferente y encarnan de diferente manera el amor que las ha creado. Una se enclaustra en el egoísmo que oprime y domina a los demás, la otra que lucha por construir la ciudad fraterna para todos los hombres. (C.D. XIV. 26).

Las dos ciudades se separan porque tienen un origen diferente y esto se afirma desde el prólogo de la obra. El origen de la Ciudad terrena es el apetito de dominación o, en su ex-

presión extremadamente dura, la *“libido”* de dominación. *“Hay una libido de venganza, hay una libido de enriquecimiento que se llama avaricia, hay una libido de victoria que se llama pertinacia, hay una libido de gloria que se llama jactancia. Hay otras muchas, algunas con nombres propios otras sin él. ¿Quién dará un nombre fácil a la libido de dominación que pesa tanto en el alma de los tiranos como atestiguan las guerras civiles?”* (C.D. XIV. 15.2). La Ciudad de Dios nace del amor que mira por el bien de los demás a imitación del Padre que da sus gracias a manos llenas y que se deleita en la unión de muchos, *“pluribus unitas”*. (C.D. XII. 22).

## DESARROLLO DE LAS DOS CIUDADES

Estas ciudades nacidas de dos amores son dos pueblos diferentes. La ciudad peregrina del Rey Cristo (C.D. I. 35) es un pueblo, porque según Escipión pueblo es toda asociación basada en el consentimiento de derecho y en la comunidad de intereses (C.D. XIX. 21.1). Según esta concepción, pueblo fue también el imperio romano. Más adelante dirá que donde no existe la justicia no existe la congregación de hombres fundada sobre derechos reconocidos y comunidad de intereses (C.D. XIX. 235). Es decir que en donde no hay justicia no existe un pueblo. Por eso en el L. IV había recordado la historia contada por Cicerón acerca del Pirata y Alejandro Magno, para terminar con estas palabras: *“Desterrada la justicia ¿qué son los reinos sino grandes piraterías? (latrocinia) y las mismas piraterías ¿qué son sino pequeños reinos?”* (C.D. IV. 4). Recordemos que latrocinia quiere decir subversión y desorden político. De esta manera precisa mejor su pensamiento sobre pueblo escribiendo: *“el pueblo es un conjunto de seres racionales asociados por la concorde comunidad de objetos amados”* (C.D. XIX. 24).

Pueblo es pues una categoría aplicada sólo a hombres que tienden a idénticos fines; por eso puede haber un pueblo de Dios que peregrina en este mundo y otro pueblo que ha hecho del mundo su morada. *“Un peregrino del siglo frente a un ciudadano de este mundo”* (C.D. XII. 9.2). Sin embargo, un pueblo es tanto más pueblo cuanto más nobles sean sus in-

tereses, y tanto menos cuanto menos lo sean. Los adoradores de los falsos dioses dicen: **"subsista la República mientras nosotros acrecentemos nuestras riquezas que provean a nuestros diarios desenfrenos". "Que los pobres obedezcan a los ricos para poder saciar su hambre...que los ricos abusen de los pobres para sus clientelas y satisfacer su fausto"** (C.D. II. 12). Decididamente una República así no puede formar un verdadero pueblo.

Las dos ciudades están formadas por pueblos diferentes. Todo pueblo ama y busca la paz (C.D. XIX. 12). Existe la paz del cuerpo que es la complexión ordenada de sus partes, y la paz del alma irracional cuando ordena sus apetitos; la paz del alma racional es la ordenada armonía entre los conocimientos y la acción, entre la vida contemplativa y la vida activa; la paz del hombre es la obediencia a Dios, y la paz de la ciudad la ordenada concordia entre los que mandan y obedecen, la paz de todas las cosas es la tranquilidad en el orden y el orden la disposición de las cosas en el lugar que a cada una le corresponde. (C.D. XIX. 13).

Si todos los hombres aman la paz y la paz es la tranquilidad en el orden y el orden la disposición de las cosas que tienden a su centro, este orden es el amor porque el hombre debe buscar su centro que es Dios y Dios es amor. En esto consiste su tranquilidad **"nos hiciste Señor, para tí por eso inquieto está nuestro corazón mientras no descansen en tí"**. (Conf. I. 1). Quien ama rectamente se encamina a la paz con la cual alcanza la virtud, que es la excelencia del amor. Virtuosos son aquellos que aman y cumplen por amor lo que Dios les exige, la virtud no es el cumplimiento formal de los mandamientos, es el amor en práctica, el amor hecho obra. Ama y haz lo que quieras dice Agustín en uno de sus arranques retóricos pero no por eso menos cierto. Los que no son virtuosos no pueden estar en paz, por lo tanto siempre desazonados, buscan lo que no pueden hallar. Crean un simulacro de ciudad. El círculo se ha cerrado, pero se ha abierto la clave de la interpretación de la historia.

Las dos ciudades en cuanto pueblos amaban la paz; la diferencia consiste en la manera como la quieren conseguir. Si la búsqueda de la paz termina en sí misma en la satisfacción

de las propias ambiciones de la **"libido dominandi"**, el círculo no se cerrará, el hombre quedará insatisfecho y todo lo que haga bueno o malo, tendrá el signo de su finitud y la impronta del fracaso; la situación se agrava si se busca el mal como si fuera el bien, en este caso el fracaso será total. **"Esta ciudad llamada Babilonia tiene también sus amadores que miran por su paz temporal y ninguna otra cosa esperan, colocan en todo esto su placer y en ello terminan y se les ve trabajar afanosamente por el bienestar de la república terrena"**. (In. Ps. CXXXVI. 2). Estos amadores de la ciudad de los hombres nunca conocerán la verdadera paz. La descripción extremadamente viva que hace Agustín del desorden connatural de aquellos que buscan su propio interés es realmente actual y antológico (C. D. II. xx).

Hay otros que buscan la verdadera paz, obedientes a Dios y reconciliados con los hombres hacen vivir a todo el pueblo por la fe que obra por la caridad. **"Y así como un solo justo vive de la fe, así vivirá también el conjunto y el pueblo de esos justos de la fe que obra por la caridad, que lleva al hombre a amar a Dios como debe y al prójimo como a sí mismo"** (C.D. XIX. 23.5). Precisamente estos dos desarrollos del amor darán como resultado diferentes pueblos.

## LA HISTORIA COMO CONSTRUCCION DEL REINO DE DIOS

En ninguna parte de la Ciudad de Dios se habla directamente de la Historia como construcción del Reino, pero eso es lo que se desprende después de una lectura aunque sea superficial. Veamos cómo entiende San Agustín la Historia. El dijo alguna vez que la historia estaba grávida de Dios. Este punto de partida lo diferencia de sus predecesores clásicos. Para los griegos y romanos la historia era cíclica. La humanidad recorre un largo y penoso camino que va desde la época dorada pasando por la de plata, cobre, hasta la de hierro, en ella vivimos ahora esperando tiempos mejores. El gran ciclo podría durar 10,000 años y todo volvería al principio. Esta concepción cíclica, este eterno retorno no es privativo de una mentalidad mítica; pareciera ser más bien la forma natural de entender la historia, por eso bajo formas diversas encontra-

mos este mismo esquema en todas las culturas, incluso entre los indígenas del Perú.

Hesíodo es quien tal vez mejor sistematizó esta concepción: **“Plugiése a Dios que yo hubiera vivido en medio de la quinta raza, o que hubiese muerto antes o nacido más tarde, porque esta es una raza de hierro. No cesarán durante el día de sufrir fatigas y miserias y en la noche serán consumidos por duras angustias que les enviarán los dioses... El padre no se juntará con sus hijos ni éstos con él, el huésped no será respetado por su hospedador ni el amigo por el amigo, ni el hermano por el hermano como en los días pasados... El débil atacará al fuerte con palabras engañosas que apoyará en falsos juramentos... La conciencia y la vergüenza abandonarán a los hombres y subirán a los dioses. Los mortales se verán envueltos en horribles sufrimientos y contra ellos no habrá remedio”** (Trabajos y días. 169–200). Vivimos según el poeta griego en la peor de las épocas. El paraíso quedó atrás, algún día volverá. Sí, pero para recomenzar de nuevo la rueda interminable.

San Agustín no entiende la historia así. Para él, lector de la Biblia y cristiano sincero, hay un acontecimiento que acaeció una sola vez: la Encarnación de Cristo. Este hecho quiebra el círculo y propone a la historia un fin. Quiebra el círculo porque ese acontecimiento no volverá a repetirse más. Ya no marchamos hacia atrás en busca del paraíso perdido sino que nos encaminamos hacia adelante esperando la segunda venida que será el fin de la historia. La historia terminará el día del retorno del Señor con poder y majestad. La historia no **“es un cuento sin sentido contado por un idiota con mucho sonido y furia”** como dice Toynbee de la concepción cíclica recordando a Shakespeare, sino el tiempo de la gracia y de la conversión. Es el Kairós, el tiempo pleno, el tiempo con densidad salvadora, el tiempo de Dios.

San Agustín ha escrito hermosas páginas sobre el tiempo. Existe un tiempo que proviene del movimiento de las cosas, es un tiempo exterior, pero existe otro más denso, que se nos revela en el acontecimiento salvador. Es la irrupción de la novedad, de lo inesperado en el alma, es su distensión, su éxi- (en cuanto salida de sí misma y de sus condicionamientos),

es su plenitud. Es la presencia de lo gratuito como gracia y como don que saca al alma de su rigidez y le proporciona alas para salir de sí. Este es el verdadero tiempo. (Confesiones, XI).

¿Qué cosa maravillosa es el tiempo? ¿Dónde está el pasado que no es y sin embargo de alguna manera es? ¿Y el futuro que todavía no es y sin embargo de alguna manera es? El tiempo es y no es, el tiempo está en el alma y en ella los tres tiempos están presentes, porque el pasado es presente de las cosas pasadas y el futuro es presente de las cosas futuras y el presente es presente de las cosas presentes. (Confes. XI. 20). El pasado es memoria, el futuro es espectáculo y el presente es acontecimiento. Pero todo está en mi alma que de alguna manera es todo. Mi alma es memoria que funda el acontecimiento presente y que por la esperanza se abre ahora al futuro entendido como quehacer pero también como don que se nos ofrece. Si comprendemos así el tiempo, entonces, comprendemos también que la historia que se da en el tiempo, es una tarea que realizar y un don que se nos brinda. Tenemos que construir una sociedad futura, esa es nuestra obligación; pero lo que se abre delante de nosotros, el futuro, no nos pertenece, no podemos usarlo a nuestro antojo, es un don. Por eso el sentido de la Historia no es visible de inmediato.

La historia es como un canto o un poema. Si la música no se reduce a un mero lalalá, como dice Marrou, tengo que escuchar hasta el final para poder comprender la melodía en su integridad. Cuando recito un poema todo ya está presente en mi memoria, pero no lo he dicho todo; cuando recito la primera estrofa que ya está presente en mi memoria aunque sólo haya comenzado el primer verso, este primer verso ya está todo en mi memoria aunque recite la primera palabra, y esta primera palabra está en mi memoria aunque sólo pronuncie la primera sílaba. Algo así acontece en el mundo, dice Agustín, con la vida del hombre y con la vida de todos los hombres, la Humanidad. Un verso fuera del poema puede tener sentido, pero no su sentido pleno; una palabra fuera del verso puede tener sentido igualmente, pero este sentido es más pobre que dentro del poema, lo mismo acontece con la sílaba y más aún con la letra; pero la letra, la sílaba, la palabra, el verso, la estrofa, sólo tienen sentido cabal en el poema entero. De igual manera cada

humilde acción de un hombre sirve para dar sentido al todo. (Conf. XI. 28). ***“Porque cada hombre es tan constitutivo de una ciudad y de un reino, por más dilatado y extenso que sea como lo es una letra en un discurso”*** (C.D. IV. 3). ¿No es esto el Dios todo en todos de San Pablo? Así como yo poseo el poema en mi memoria, así Dios posee la historia en su visión. Dios es el Señor. La historia tiene sentido porque ella es el tiempo de la gracia que conduce al Reino. En el libro 22 capítulo 24, Agustín exclama entusiasmado: ***“¡Cuánto ha progresado (el mundo) en agricultura y en navegación!”*** y sigue presentando los aspectos positivos del mundo que conocía. Estas son las arras del mundo que esperamos.

Para Agustín la historia deja de ser la mirada hacia el pasado, todavía la define como maestra de la vida, pero el pasado no es el modelo, es sólo la figura del presente. El pasado es figura porque simboliza a la verdadera realidad. En el A.T. es figura de lo que verdaderamente aconteció en el Nuevo; por eso decíamos que el pasado es memoria, si se vuelve a él es para contemplar en imagen lo que a nosotros nos acontece en realidad.

La historia es más bien mirada al futuro, es profecía. Por eso decía que la Historia está grávida de Dios. La historia es profética no porque podamos predecirla; San Agustín piensa que este tipo de adivinación no está vinculado necesariamente a la vida cristiana, los paganos ayudados por los demonios, podían predecir los acontecimientos futuros, dice recordando los oráculos (C.D. XIX. 23). Es profética en cuanto que la profecía es la contemplación del absoluto y en éste no hay pasado, ni presente, ni futuro. Contemplar el plan de Dios en la historia es comprender cómo las dos ciudades avanzan mezcladas como el trigo y la cizaña hasta la consumación de los tiempos. ***“Cuántos de los que no son de los nuestros parecen estar dentro todavía; y cuántos de los nuestros parecen como si estuvieran fuera. Sabe el Señor quiénes son los suyos”*** (In. Ps. CXV. 14) ¿Cómo distinguir lo bueno de lo malo, la paja del grano? No nos toca a nosotros. ***“Nadie os engañe hermanos; sabed que en todas las profesiones los hay falsos en la Iglesia... Hay cristianos malos pero los hay también buenos. A la vista parecen más numerosos los perversos porque son paja y no permiten distinguir el grano”*** (In. Ps.

XCIX. 12.13). La separación se hará el día del juicio. Las situaciones son tan confusas que el juicio sólo puede provenir de Dios.

Recordemos a este propósito un hermoso texto de Marrou que comenta a San Agustín: ***“Encontramos también la noción de ambivalencia cuando tratamos de definir—¿podemos hacerlo realmente alguna vez?— el lugar donde se sitúan las fronteras de la Iglesia, cuáles son las formas de pertenencia a su gran cuerpo, cuáles las de la contribución a su unidad. Hay realizaciones históricas en la que podemos reconocer con cierta seguridad una aportación positiva a la edificación de la Ciudad de Dios—cualquiera que sea, por descontado, el porcentaje siempre evidente de cizaña que se mezcla con este grano—; hay acciones o instituciones que nos parecen retrospectivamente conformes al Espíritu del Evangelio—y que, de hecho, han madurado frecuentemente bajo su influencia indirecta—, pero que han sido conseguidas fuera de la acción de los organismos de la Iglesia visible, digamos más francamente, a pesar de la opción encarnada de ciertos representantes de lo que un sociólogo llamaría los “ambientes cristianos”. Así ocurre, para volver a citar los ejemplos escogidos por H. Butterfield, con la tolerancia religiosa, que acaba de ser asimilada, no sin dificultades, por el cuerpo eclesial, o con el progreso en la justicia social tan trabajosamente conseguido por el movimiento obrero. En cierto modo era fácil, y no veo en ello un especial atrevimiento, predicar sobre la excelsa dignidad de los pobres dirigiéndose a la aristocracia terrateniente de Antioquía o a la corte revestida de sedas de Versalles, cuando uno se llamaba Crisóstomo o Bossuet; pero el historiador no puede por menos de advertir lo que esa llamada tenía de insignificante por ineficaz, técnicamente hablando, dado lo que son la naturaleza caída, la mancha del pecado y, entre todas sus consecuencias, la maldición especial ligada a Mammón, es decir, la idolatría del dinero. En la medida en que el movimiento obrero se hizo temer fue como consiguió arrancar jirones de justicia a una clase dirigente, pagana en este punto, aunque a veces se considerase cristiana: esa violencia fue un compelle intrare, que obligó a practicar una justicia que no había conseguido producir la predicación.***

***No pienso que se pueda negar que ese ápice más de justicia, que ese ápice menos de opresión (por muy limitados que puedan ser sus frutos) sean realidades relacionadas, en lo esencial, con los valores propios del Reino***". Marrou, Ireneo. Teología de la Historia. Rialp. p. 122-124).

¿Cómo poder distinguir el trigo de la cizaña cuando estos se dan juntos? Por eso hemos dicho que para Agustín la Historia es escatológica, es el juicio de Dios sobre el mundo.

Todo esto, no impide los conflictos y las persecuciones y los fracasos, pero habrá que entender el tiempo como don para la salvación y lo hecho por los hombres en el tiempo como respuesta a la gracia, respuesta condicionada por las debilidades, los pecados y las claudicaciones de cada generación y de cada uno de los individuos.

### CONCLUSION

Hemos querido ingresar en el mundo de San Agustín y comprender de manera más o menos cercana lo que entendía por Reino de Dios. Cuando decíamos que la historia para él era escatológica queríamos decir que ya, incoado de alguna manera, el Reino de Dios estaba aquí, que la historia era de cierta manera el bosquejo de la Patria, como decía Peguy. Quizá un ensayo borroso y poco claro de la ciudad que esperamos, pero que ya nos guía en medio de la tiniebla. San Agustín no dice más. ¿Cómo se pasó entonces de una escatología incoada a una escatología realizada?

En primer lugar, la praxis de Agustín fue dubitativa con respecto a los herejes. Había escrito que nadie debía ser forzado a aceptar el Evangelio, pero en su Iglesia, sacudida durante cien años por la herejía donatista bastó que un decreto imperial prohibiera la propaganda herética, aplicando multas y otros castigos, para obtener lo que ni en prosa ni en verso había obtenido Agustín: la adhesión de los herejes y la extinción de la herejía. Decimos que ni en prosa ni en verso porque no sólo en sermones sino también con versos que la gente cantaba. Agustín atacó a los donatistas. Lástima que 300 años más

tarde hicieran lo mismo los musulmanes y la historia se repitió al revés.

Con la experiencia de la adhesión de los herejes el pensamiento de Agustín se modificó, creyó que un poco de rigor era necesario, que el ***"Impelle Intrare"*** del Evangelio se aplicaba en estos casos.

El cristianismo debía defender sus fronteras no sólo al interior de la fe, sino incluso dentro del mismo estado. Los herejes debían ser excluidos de la cristiandad. Desde ese momento Iglesia y Reino de Dios se confundieron, la escatología se había realizado.

En 1143 Otto de Freising, tío del Emperador Federico Barbarroja, escribía: ***"Ya que todos, incluidos los emperadores, salvo algunas excepciones, se habían convertido en devotos católicos, me parece que he compuesto no una historia de dos ciudades, sino prácticamente la de una sola, que llamo Iglesia"***.

La cristiandad, que se entendía a sí misma como la realización del Reino de Dios, no necesitaba de la profecía, le bastaba con la realidad presente, de esta manera el providencialismo reemplazó a la profecía. Por otro lado, en esta cristiandad única ¿cuál sería la autoridad suprema, el Emperador o el Papa?. La respuesta de los teólogos fue simple, de nuevo San Agustín les sirve de inspiración. La Ciudad de Dios que es la Iglesia (C.D. XIII. 16.; XVI. 2) debe tener primacía sobre la ciudad terrena. El Papa debía tener supremacía sobre el Emperador, hasta que los emperadores encontrasen sus teólogos...

Esta interpretación de San Agustín, con sus reducciones, informó el pensamiento de la Edad Media, pero también Bossuet se aprovechó de ella en su Discurso sobre la Historia Universal dedicado al Delfín. En Bossuet lo bebió Choquehuanca y más tarde Bartolomé Herrera, pero hay que denunciar claramente que el Agustínismo político de los escritores de la cristiandad y de la Restauración no es muy agustiniano por decir lo menos.

El presente folleto se terminó de imprimir en los talleres  
del Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía el  
día 24 de Abril de 1985, Festividad de la  
Conversión de Nuestro Padre  
San Agustín.

---

## TITULOS PUBLICADOS EN LA COLECCION OALA

### Serie Verde

- No. 1 **San Agustín de Hipona y la Pastoral de la Liberación**,  
de Clodovis Boff, OSM. Primera Reimpresión. Iquitos  
1984.
- No. 2 **. . . Y Perdónanos Nuestras Deudas. . . La deuda externa  
de América Latina.** de Tomas Burns

*De próxima aparición:*

- No. 4 **Orientaciones para los formadores en América Latina.**
- No. 5 **Agustín de Hipona. Regla para la comunidad**, de T. J.  
Van Bavel.

### Serie Roja

- No. 1 **Vida Agustiniana en América. Selección de textos de la  
OALA (1970-1980)** - Iquitos, 1983.

*De próxima aparición:*

- No. 2 **Directorio de las casas de los Agustinos en Latinoamérica.**  
Nueva edición, con información de utilidad.

### Serie Azul

- No. 1 **Estatutos de la OALA, aprobados en la VIII Asamblea.**  
Iquitos, 1983.

Precio por ejemplar: \$ 1.20 dólares, más gastos de envío.  
Pedidos: Secretaría General, Apartado 145, Iquitos (Perú).

---